

A PROPÓSITO DE *LA IMAGINACIÓN PORNOGRÁFICA* DE
VÍCTOR J. KREBS

ON VÍCTOR J. KREBS' *LA IMAGINACIÓN PORNOGRÁFICA*

Daniel Ricardo Esparza

Krebs, V. J. (2014): *La Imagenación Pornográfica, contra el escepticismo en la cultura*, Lima: Lápix Editores.

Benjamin reescribió el *dictum* –erróneamente considerado medieval– *philosophia ancilla theologiae* asignándole el lugar de la teología al materialismo histórico. En la primera de sus *Tesis de la filosofía de la historia*, el autor berlinés cuenta cómo el materialismo histórico «podrá habérsela sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología que, como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno». En manos de Benjamin, el dictum rezaría –de haberlo escrito explícitamente, cosa que difícilmente haría– *theologia ancilla philosophiae*. En cambio, el autor retrata al materialismo histórico como «un autómatas construido de tal manera que resultaba capaz de replicar a cada jugada de un ajedrecista con otra jugada contraria que le aseguraba ganar la partida». Benjamin cuenta cómo al muñeco, trajeado a la usanza turca, con un narguile en la boca, se le sienta frente al tablero sobre una mesa espaciosa que, mediante un ingenioso juego de espejos, parece transparente por sus cuatro lados. Bajo la mesa, escondido dentro de los espejos, se sienta un enano jorobado, maestro ajedrecista, que controla con un sistema de hilos la marioneta. Algo semejante, pero a la inversa, parece suceder en el texto de Krebs, con el añadido de que las relaciones de servidumbre y sujeción que en él aparecen han dejado la docilidad de lado. En este libro, Krebs ha querido mostrar al maestro ajedrecista, a la marioneta y al tablero, y sus imágenes en los espejos una vez desmontado el artificio. Krebs abraza en un único gesto deconstructivo al enano, al muñeco, al tablero y a los espejos. *La imagenación pornográfica* es un texto agónico en el que el crisma con el que se ha ungido a los luchadores es la necesidad de *decir*, y nunca la de *demostrar*. O,

más bien –siguiendo las preferencias wittgensteinianas del autor–, la posibilidad de *mostrar*. En el libro de Krebs, *philosophia ancilla imaginationis* y viceversa. Es un frente de sujeciones, emancipaciones y posibles comuniones.

El texto de Krebs es lo opuesto a un texto *administrado*. No con ello quiero decir que sea desordenado, deshilvanado, difícil de seguir. Por el contrario, hay en *La Imaginación Pornográfica* una intención que se repite con la insistencia de la gota que horada la piedra y que el lector puede seguir, al modo de Teseo. No ha sido un capricho del autor seleccionar el epígrafe en el que Calicles acusa a Sócrates de decir siempre lo mismo. En ese sentido, el de Krebs un texto profundamente *tradicional*. No en tanto la pornografía sea, en efecto, la tradición milenaria que es, sino porque en él la experiencia administrada del pensamiento, la contemplación y el mundo se sienta a la mesa –para jugar ajedrez, quizá– con una experiencia *filosófica* en sentido estricto. Esta experiencia es presentada por Krebs como una experiencia *amorosa*, en la que lo *amado* tiene poco de administrado y mucho de *teológico* –esto es, de no-administrable–, tal y como lo entendió la tradición –la filosófica tanto como la teológica, cuando menos–, quizá hasta el inicio del siglo XX, en el que Benjamin –nuevamente– reconoció el inicio del empobrecimiento masivo de la experiencia en el hecho sintomático de que quienes volvían del frente a un mundo transformado por la experiencia devastadora de una guerra mundial, simplemente no podían comunicar más su experiencia. Krebs, en medio del erial mediático, procura comunicar la suya y la de quienes le han precedido en el oficio filosófico. En ese sentido, el libro de Krebs es consecuente no sólo con la tradición filosófica occidental, sino con su propia tradición como autor: el texto está situado en el vértice *de lo que se puede decir*. Paradójicamente, el tabú en el pensamiento occidental académico no está asociado a lo pornográfico sino a lo amoroso, y el texto de Krebs es un texto sobre cierta experiencia del amor, su posibilidad y su imposibilidad; uno en el que la prohibición de amar es sustituida por una invitación abierta a hacerlo: eso es el proceso de *pensar*, de *pensar en imágenes* y de pensar *la imagen* filosóficamente. Es, *stricto sensu*, un libro *filosófico*, que no un libro *de* filosofía.

Así como la generación a la que perteneció Benjamin vio la experiencia estratégica sustituida por la guerra de trincheras, la experiencia económica destruida por la hiperinflación, la experiencia del propio cuerpo hecha trizas por el hambre atroz y la experiencia moral desplazada por la tiranía, las generaciones contemporáneas han visto la experiencia de la intimidad, de la reflexión y de la consecuencia con el propio pensamiento sustituidas por –en

palabras del propio Krebs— «la intelectualización radical del mundo», la «insatisfacción ante las imágenes por las cuales intentamos satisfacer nuestros deseos» y la sustitución de la experiencia de pensar por la acumulación cuantificable de información. Aquí, parece sugerir Krebs, el desplazamiento de la experiencia *amorosa* — parece mentira que haya que recordar, como Krebs tiene que hacerlo una y otra vez, que la sola palabra *filosofía* refiere a un tipo de amor y a un tipo de conocimiento— es posible, hasta convertirse en una experiencia *pornográfica*: la conversión del deseo en la pulsión obsesiva de su imagen pretendidamente equivalente.

Sin embargo, Krebs no es lo suficientemente ingenuo como para emitir un juicio sumario sobre la imagen y declararla enemiga del pensamiento. Por el contrario, y precisamente porque su pensamiento es denodadamente *histórico* — en él se advierten constantemente los intentos del autor de salvar la tradición filosófica del lugar en el que ella misma se ha arrojado una y otra vez, procurando redimir la necesidad del oficio del pensamiento y de transmitir la capacidad de *pensar* en lugar de un conjunto de contenidos determinados—, *La imagen pornográfica* entiende a la imagen misma como el *organon del pensamiento*. Es exactamente la misma formulación que, en su *Dialéctica Negativa*, Adorno aplicaría al *concepto*, o que Hamann asignaría al lenguaje. En el texto de Krebs se ofrece constantemente la posibilidad de una emancipación del uso de la imagen que repercutiría en la emancipación de la sujeción del mundo a ésta. La posibilidad de deshacerse de la pretensión de haber conquistado al mundo a través de la *imagen* restituiría a la imagen misma no sólo su «potencia natural»¹ sino, además, podría paulatinamente revertir los efectos de lo que el autor califica —siguiendo a Kristeva— como un *aplanamiento del alma colectiva*: la *pérdida del mundo* y, anexa a esta pérdida, la consecuente *pérdida de nuestro lugar en él*.

El movimiento sugerido por Krebs es uno que pasa de la contemplación narcisista de la propia convicción en el espejo de la imagen a uno en el que la imagen, el contemplativo y el mundo se reconocen mutuamente en una experiencia que es a la vez emocional y cognitiva y no en una relación epistemológica jerarquizante. Más aún: toda experiencia, insiste Krebs, es a la vez emocional y cognitiva, así la respuesta emocional sea precisamente la imposibilidad de responder. En ese sentido, *La imaginación pornográfica* es una apología de la responsabilidad. El esfuerzo del autor procura reintegrar en la imagen su dimensión emocional, que el autor reconoce como un «elemento

¹ KREBS (2014, p. 11).

integral de su sentido». Se trata de la recuperación de lo emocional, de lo originariamente *filo-sófico*. Mediante este movimiento, la imagen puede efectivamente formar parte «de nuestro ser más íntegro, no solamente de nuestra memoria informática o representacional, sino de una historia que mora en nosotros, ‘vuelta sangre en nosotros, mirada y gesto, sin nombre y ya indistinguible de quienes somos’, en las bellas palabras de Rilke». ² Se trata de un impulso anti-burocrático, contra-administrativo, de-objetivificante, que permita advertir al lector que, como en la pornografía, nuestra relación contemporánea con la imagen es utilitaria, desprovista de compromiso, *irresponsable*. Lo que se persigue no es una condena de la imagen –de la que no podemos ni queremos desprendernos– sino, por el contrario, un reconocimiento de la imagen como espacio en el que nuestra vivencia del mundo se hace posible, profunda, fecunda. Escribe Krebs:

«Hay una gran pobreza en nuestra relación con ellas evidente en la forma cómo atendemos incluso a las imágenes más simples. Captamos solo lo más general y frecuentemente ni siquiera lo esencial. es una experiencia común el ver que sobre todo los jóvenes, quienes han nacido y están creciendo en lo que se llama frecuentemente ‘la época de la imagen’, las *miran* pero no las *ven*. Habitan un mundo con el que se relacionan a través de una imagen reducida a las categorías intelectuales más generales, que les exigen solo el más mínimo grado de compromiso». ³

La imaginación pornográfica, asegura Krebs, es una negación de la muerte. Desde la introducción, el autor afirma que «nuestra cultura está poseída por una imaginación pornográfica». Interesante selección de palabras, para un autor que incluye, en sus ensayos, múltiples referencias a la posibilidad de ser *poseído* tanto por un complejo *teorizante* ⁴ como por el delirio psicótico que caracteriza la venganza de Dioniso cuando se le niega. Krebs procura contrarrestar esta posesión –uno podría imaginar el libro como una práctica exorcística, en tanto el *pensamiento* desplaza, expulsa, la inamovilidad de la *imagen*– devolviendo a la palabra, paradójicamente, una dimensión sensual. No puede uno sino recordar las sugerencias de Adorno en *El ensayo como forma*. Quizá la imaginación pornográfica implique una negación de la muerte porque toda pornografía culmina en *la petit mort*, y el impulso pornográfico, por compulsorio, procura

² KREBS (2014, p. 41).

³ KREBS (2014, p. 39).

⁴ KREBS (2014, p. 120).

siempre su repetición sin fin en una imagen estable que permita que *aquello otro no muera, no caduque, no me falte, no me sorprenda*. La imaginación pornográfica, paradójicamente –o no– es la encargada de postergar eternamente la brevísima disrupción de la experiencia homogénea del tiempo administrado que supone el clímax, convirtiendo «lo vivo y espontáneo –y por lo tanto impredecible– en lo controlable y predecible», al punto en el que somos capaces de desmembrar a nuestros propios hijos confundiéndolos con bestias salvajes. Como el mítico escultor Pígalión haría con la imagen de Afrodita –el hueso que Krebs se obstina en roer, como diría Hamann a propósito de su propia convicción de que «la teología es gramática»–, la imaginación pornográfica convierte a «la diosa llena de libre vitalidad [...] en una imagen sujeta a la voluntad de su amante». La docilidad del objeto pensado es el rodeo que el deseo contemporáneo de obscenidad y transparencia da alrededor del intrincado proceso de *llegar a ser*. La unidimensionalidad del ser transparente y pornográfico, al que se ha desprovisto de su dimensión *teológica* –«mítica», diría Krebs, aludiendo una y otra vez a las tradiciones pre-Homérica, Homérica y Trágica– es equivalente a sucumbir a lo demoníaco, a «la posibilidad de no-ser que calladamente clama por nuestra ayuda», como apunta Krebs al citar a Agamben. Aquí es donde el texto de Krebs se revela, como he sugerido anteriormente, como una *apología de la responsabilidad*: de la simple capacidad de dar respuesta o, cuando menos, de sentir la urgencia de responder.

Uno podría decir que *La imaginación pornográfica* apunta a la construcción de un *sujeto de la responsabilidad* como lo describía Derrida en *Dar la muerte*: un sujeto que ha podido someter a sí mismo el misterio orgiástico o demoníaco. Este hacerse responsable es, siguiendo la exposición de Derrida, el hacerse-histórico del hombre, el temor y temblor «que sobrecoge al hombre cuando se convierte en una persona». Este convertirse en persona sigue siendo un misterio, no sólo porque, como señala Patočka en uno de sus *Ensayos heréticos*, «saber qué es la persona es una cuestión que no ha recibido una tematización adecuada» sino porque la persona es, también, misterio para sí misma. La *psyché*, recuerda Sócrates en el *Crátilo* –y con él, Krebs, como el *leit motiv* que recorre el libro entero en cada uno de los ensayos que lo comprenden– es en cierto modo invisible y ciega: cuando el filósofo se refiere a ella como *aides* –«que no es visible» pero también «que no ve»–, y apunta que el alma va al lugar invisible que es el Hades (*aides*), está señalando además que esta misma invisibilidad es,

ella misma, «una figura del secreto».⁵ La imaginación pornográfica lidia con el secreto haciendo visible lo invisible, en un giro abiertamente idolátrico. Es en esta latría en donde Krebs se obstina en señalar reside el numen de nuestro empobrecimiento experiencial, sin hacer de esto un ejercicio arqueológico.

Que el texto de Krebs es *agónico* resulta evidente en la manera en la que en él se lucha. Se lucha *tradicionalmente*. Es un libro *polémico* estrictamente hablando. He querido decir con esto que *La Imaginación Pornográfica* es, como la filosofía antigua, *melete thanaton*, una preparación para la muerte: para la pequeña muerte que supone el clímax, sí, pero además para la muerte en la que el proceso de hacerse persona se consuma; esto es, para el momento-ahora, la plenitud del tiempo en el que la disrupción de la sobreabundancia de información permite la conciencia de la propia finitud, del triunfo no de la alienación de la muerte sino de su asunción plena, que pasa necesariamente por el abrazo de la propia corporeidad. Parafraseando a Krebs, la muerte pasa por abandonar la escultura de la diosa y sentarse a esperar a que aparezca, si es que aparece. En esta espera contemplativa, parece sugerir Krebs a lo largo de los trece ensayos que componen el texto, se responde al amor. Pero esta contemplación –como toda contemplación en la que lo contemplado no es una imagen sino un misterio–, quise apuntar anteriormente, es *polémica*. Si la iniciación en el proceso de hacerse persona al responder al amor –es decir, el proceso de hacer *filosofía*– es un triunfo, también es cierto que todo triunfo es, como el fracaso, el remanente de una guerra, de un *polemos*. Y una guerra, señala Derrida siguiendo a Patočka, es otra experiencia de la *muerte dada* –«yo doy [la] muerte al enemigo y doy la mía en el sacrificio de ‘morir por’ [...]».⁶ En el texto de Krebs, a diferencia de en la guerra de trincheras que Benjamin señalaba como una reducción de la experiencia del pensar estratégicamente por una mera cuantificación de la afectación física –«¿a cuántos matamos hoy?», «¿cuántos soldados nos quedan?»– el texto «aproxima a los enemigos como cónyuges en la extrema cercanía del cara a cara». En la compulsión de la imaginación pornográfica, ni el enemigo ni el amado son vistos de frente. En la sustitución de lo viviente por la imagen no es posible identificar al enemigo o al amado, ni identificarse con él. Esta es la «desconexión de nosotros mismos» que Krebs acusa una y otra vez de ser la raíz del desconocimiento «de nuestros propios deseos, ya tan oscuros e irreconocibles detrás de la intelectualización radical de

⁵ DERRIDA (2006, p. 25).

⁶ DERRIDA (2006, p. 29).

nuestro mundo, como son insatisfactorias las imágenes por las cuales intentamos satisfacerlos⁷». *La imaginación pornográfica* es una oportunidad para ver a la imagen y al mundo como lo que son: imagen y mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- KREBS, V. J. (2014): *La Imaginación Pornográfica, contra el escepticismo en la cultura*, Lima: Lápix Editores.
DERRIDA, J. (2006): *Dar la muerte*, Barcelona: Paidós.

⁷ KREBS (2014, p. 29).